

Asuntos Panameños

En la noche del 13 Mayo 1918, se inauguró la presente temporada de los lunes del Conservatorio Nacional, con un copioso y exquisito programa.

Todos los ejecutantes lo hicieron bien. Llenaron airoosamente su cometido las señoritas Dolores Vergara y Adriana Orillac, como también los señores José C. Loaiza y Antonio Henríquez. Descollaron de modo notable la señora Leo Mc. Intire y los señores Walter Myers, Henry de Tiberge y Emilio Cabello. Este último fué ovacionado calurosamente, hasta el extremo de tener que cantar dos veces, además de la que figuraba en el programa.

La concurrencia fué muy numerosa. Sin embargo, sospechamos que, pasado el hervor de las primeras veladas, los concurrentes irán decreciendo poco a poco, hasta que al fin del curso quedemos como en familia los más asíduos. Mucho celebraríamos que resultasen equivocadas nuestras sospechas.

Siguen ocurriendo choques y otros percances, en el trozo de la calle B, comprendido entre la 13 y la 14 Oeste, por no habernos atendido, cuando indicamos la conveniencia de que todos los vehículos pasasen por dicho trozo en un solo sentido, ascendente o descendente.

Continúan también sin pintar numerosas casas que lo necesitan con urgencia; y sin limpiar, el trozo de playa que hay por bajo del Malecón y el solar contiguo a la librería de Preciado.

Todo, todo está igual. Las palabras progreso, evolución, renovación, mejoramiento no significan nada para quienes padecen sordera y negligencia crónicas.

En tanto, el Mundo sigue dando vueltas, y el que no se despabila, se queda rezagado de fijo; igual los individuos que los pueblos.

PUEDE SEGUIR EL BAILE

Yendo yo en el tranvía con *Linotipo* y *Bradomín*, pregunté a este cómo era que había escrito elogios desmesurados de un cierto edificio nuevo, cuya fachada no me parecía modelo de belleza. *Bradomín* me contestó: "Yo pienso como usted en este caso, pero el

Director del periódico me mandó elogiar y elogíé"

Esa pincelada es harto explícita y no necesita el menor comentario. Yo, en cambio, puedo enorgullecerme de no haber escrito jamás ni una sola línea por mandato de ningún director ni de nadie. Cuanto escribí, lo hice por mi voluntad y por mi gusto. Yo interrogo al público, no a *Bradomín*: ¿Puede ser juez de mi persona ni de mis escritos, en lo más parvo siquiera, un pobre hombre que así alquila su cerebro?

Debo declarar con toda sinceridad, y quienes me conocen saben que yo digo verdad siempre, que no he leído el segundo chaparrón de despropósitos bradominescos. Tuve en la mano el periódico, pero le solté. Después de haberle soltado, una inmensa y dulce alegría interior me invadió, me ví por dentro más sereno que una noche estrellada, y me sentí más que otras veces satisfecho de mi mismo.

Luego, sin quererlo, me acordé de los húngaros, melenudos como yo, que suelen ir por España y hacen bailar por las calles a unos osos, al compás de una pandereta bastante grande y de un cántico especial. Este recuerdo me hizo pensar así: Mientras yo canto verdades y realizo demostraciones y toco la pandereta de mi serenidad, *Bradomín* se pone furioso, injuria, calumnia, miente, da vueltas y más vueltas, se sale de todos los quicios, tortura su magín, suda, gesticula, divaga, recurre a todo y alborota, es decir, baila.

Como ahora no han faltado personas que me han dado algunas noticias del último escrito de *Bradomín*, no faltarán en lo sucesivo. Puede, pues, seguir bailando, en la seguridad de que así me divierte mucho. Le recomiendo que procure darle otro golpecito a las melenas, a la chalina, a los dientes amarillos, a "La Manigua" y demás oportunísimas y saladísimas originalidades.

Si deja de bailar, quedará derrotado; si continúa bailando, quedará derrotado y fatigado. Yo, de cualquier modo, no suelto mi pandereta. Si él quiere bailar más, siempre tendrá en las columnas de EL CABALLERO ANDANTE unas líneas estimuladoras de su baile.

B. de P.

